

BENLLERA (LEON)

Un remoto linaje medieval recreado por el novelista Luis Mateo Díez transita por las calles y los parajes de este pueblo de la comarca leonesa de Luna.

El solar de los Alcidia



En Benllera, que muestra su plaza recién remozada con gusto, están muy presentes el rastro y la memoria del linaje de los Tusinos, vinculado a los orígenes de la Reconquista. Su última descendiente, recordada como “la señorita de Benllera”, vivió hasta principios de los cincuenta del pasado siglo en la casona blasonada que domina la plaza, después de haber sido alcaldesa en el bienio anterior a la guerra civil. Se llamaba Manuela Álvarez de Miranda y Cuenllas y sus posesiones se extendían desde el Sardinero hasta el Real Sitio de El Abrojo, en Valladolid.

La casona solariega del dieciocho fue despojada de sus galas artísticas en un proceso de implacable deterioro que retratan las dos primeras novelas de Luis Mateo Díez: Apócrifo del clavel y la espina, que fue Premio Café Gijón, y Blasón de muérdago. En ellas bautiza al lugar como Murias de Valbarca, en homenaje a una novela inédita de su padre. Años más tarde, el valle de la Barca, donde estaban las tierras más fértiles del pueblo, sería anegado por el embalse de Selga.

La primera novela describe la historia de este linaje rural desde sus orígenes legendarios en la Reconquista hasta su desaparición a mediados del siglo veinte. La segunda concentra su relato en la patética historia del último señor de la casona, pródigo en episodios esperpénticos.

LINAJE LITERARIO

Más allá de la literatura, el patrimonio artístico del linaje se esfumó en el trasiego de una liquidación insensata que no perdonó piezas religiosas ni adornos nobiliarios.

Desde entonces se perdió el rastro a un valioso Cristo de la escuela de Miguel Ángel, al violín adquirido a un luthier alpino y al codiciado reloj número nueve de Losada en oro.

El joyero de la casa se fundió para hacer la corona de la Virgen de Camposagrado. Nada queda tampoco de la acreditada pinacoteca de la casa. Todo lo arrumbó el turbión de la almoneda.

El pueblo de Benllera se extiende a lo largo del camino de Carrocera a La Ribera, dejando libre para las huertas el lecho del valle que riega el arroyo. Al otro lado de la reguera la iglesia y la casona presiden la plaza, de la que parte el barrio de las Pedrosas.

Detrás de la iglesia asoma el portón del zaguán, un recinto blasonado con las armas de la casona. La iglesia no dice mucho por fuera. Dentro conserva, aunque muy deteriorada, la capilla señorial de la Trinidad, en la que descuellan las estatuas yacentes de dos personajes de la estirpe rematando un sepulcro gótico del siglo quince.

El entorno del pueblo ofrece multitud de sendas. Una de las más llamativas es la que parte de la plaza por las Pedrosas y va a dar a La Llana recorriendo el hondón del valle.

Más dificultad tiene la subida hasta el páramo de Camposagrado siguiendo el Cordel de las Merinas, que remonta la cuesta del Caballo.

En la caída del Cillerón se observan pequeñas vallinas en peine con forma de medulillas. Seguramente se trata de antiguas explotaciones auríferas asociadas a la Presa de la Griega. Ya en el páramo, a la izquierda del cordel, se atisba el relieve de los enigmáticos Pozos de Colinas, que un día fueron trece.



Palacio blasonado de Benllera



Plaza de la localidad leonesa.



Iglesia parroquial del municipio.



Silueta de la campana con el pueblo al fondo.